

ciencia ficción y fantasía

nueva dimensión



nueva
dimensión 13

Revista española de ciencia ficción y fantasía, fundada por Sebastián Martínez, Domingo Santos y Luis Vigil.

**REVISTA BIMESTRAL DE CIENCIA FICCIÓN Y
FANTASÍA**

A cargo de:

Sebastián Martínez

Domingo Santos

Luis Vigil

AÑO 1970/1

Director:

J. M. Armengou

Delegado en Madrid:

Carlo Frabetti

Colaboradores:

Joaquín Alberich

Dr. Alfonso Álvarez Villar

Luis-Eduardo Aute

Carlos Buiza

Alfonso Figueras

José Luis Garci

Teresa Inglés

Luis Gasca

Antonio Martín

José Luis M. Montalbán

Manuel Rotellar

Berit Sandberg

Director de publicidad:

Andreu Romá Parra

Director artístico:

Enrique Torres

Ilustradores:

José M.^a Beá

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Enric Sió

Adolfo Usero Abellán

Corresponsales:

Austria: Kurt Luif

Estados Unidos: Forrest J Ackerman

Francia: Agustín Riera

Gran Bretaña: Jean G. Muggoch

México: Luis Vázquez

Rumanía: Ion Hobana

Uruguay: Marcial Souto

Enero-Febrero 1970. Número 13

Miembro de The National Fantasy Fan Federation

Miembro del Círculo de Lectores de Anticipación

nueva dimensión **HOY**

EDITORIAL

Ese incierto futuro

DOSSIER

La literatura fantástica

por Pierre-André Touttain

CONVENCIÓN

HispaCon 69

por Sebastián Martínez, Luis Vigil y Carlo Frabetti

SE PIENSA

Los mitos de Cthulhu

por Rafael Conte

Los grandes films fantásticos

por Bob Greenberg

SE DICE

**Libros, revistas, comic, cine, teatro, TV, radio, música, arte,
autores, premios, reuniones, fandom**

SE ESCRIBE

Las opiniones de nuestros lectores

nueva dimensión MAÑANA

CUENTOS

... y atrapar al Unicornio

por Theodore Sturgeon

Los habitantes del pozo

por Abraham Merritt

Cuestión de confianza

por John Wyndham

CUENTOS CORTOS

La última gracia del Diablo

por José Cid R.

El viento

por Sebastián Martínez

El maná del cielo

por Fereydoun Hoveyda

La ventana

por Julia Verlanger

Los espadachines de Varnis

por Clive Jackson

Voracidad

por H. W. Mommers y Ernst Vlcek

Evocación

por Boris Vian

Tinieblas

por Daniel Walther

CLÁSICOS

Los agujeros de la máscara

por Jean Lorrain

La araña

por Hans H. Ewers

Aceite de perro

por Ambrose Bierce

FANZINE

El fin de Arturo

por Joe Kennedy

ARTE FANTÁSTICO

Portfolio

por Richard Robertson

ILUSTRACIONES DE

Miguel Albiol

Florençí Clavé

Virgil Finlay

Carlos Giménez

Esteban Maroto

Jordi Paris

Adrián Puig

Adolfo Usero Abellán

PORTADA DE

Enrique Torres

HUMOR

Basinski en *Ghoul Days*

Bob Schmitz en *Ghoul Days*
Ted Trogdon en *Ghoul Days*
Gahan Wilson en *Playboy*
Anónimo en *Aret Runt*



EDITORIAL

ESE INCIERTO FUTURO

Los aficionados a la ciencia ficción, durante el período de una generación, hemos llegado a acostumbrarnos a pensar en el futuro como en algo muy nuestro. No porque esperásemos verlo, ya que me estoy refiriendo al futuro lejano de la ciencia ficción, en que el hombre corretea por la galaxia, sino porque teníamos la inquietud o la esperanza de que el hombre saliera al universo y se trasladara de estrella

a estrella, explorando, observando, conquistando, hallando otros seres y forjándose un destino grandioso que constituiría, verdaderamente, la Edad de Oro de la Humanidad. Lo que había más allá de esa Edad de Oro era algo tan nebuloso y oscuro que pocos escritores de ciencia ficción se han atrevido a rozar el tema.

Pues bien, esa Edad de Oro de la Humanidad es poco probable que llegue nunca a formar parte de su Historia. Mejor dicho, es probable que ya estemos en la Edad de Oro y que ésta sea, definitivamente, la última Edad.

¿A qué viene este pesimismo?, dirán algunos, preguntándose cómo es posible que un editor de ciencia ficción (que habría de ser un optimista incorregible para dedicarse a tal profesión) pueda hacer estas declaraciones. ¿Es que se aproxima la guerra nuclear o bacteriológica? ¿Es que nos van a invadir de otro mundo y exterminarnos? ¿Es que el sol se va a convertir en supernova?

No, el mundo no va a acabar con un estallido sino con un jadeante suspiro agónico. Y la amenaza no es exterior sino interior, y en nuestra extinción estamos colaborando todos unánimemente, sin distinción ni antagonismo de razas, fronteras o credos. La primera advertencia efectuada seriamente sobre la insidiosa amenaza que nos acecha y gana terreno fue hecha por Rachel Carson en su libro *La primavera silenciosa*, en el que se indicaba el peligro ecológico que representaba el uso indiscriminado de insecticidas y otros productos químicos. Aquello fue un grito de alarma que, naturalmente, se hizo todo lo posible por sofocar por parte de las diversas compañías que elaboran dichos productos. ¿Cuándo se había visto que la ecología fuera más importante que el dinero?

Y, sin embargo, después de ese grito sofocado, las pruebas de la amenaza no han hecho más que acumularse: envenenamiento de peces en los ríos por productos químicos, muertes de aves por petróleo soltado en el mar, basuras, humos, excesivos apilamientos urbanos, etc.

Polución.

No morimos bajo el estallido de un artefacto nuclear sino sepultados bajo un montón de basura que nosotros mismos hemos producido. Y no somos solamente nosotros los que morimos, lo cual podría ser un consuelo, sino que estamos aniquilando toda otra vida animal. Unas veces por caza, en forma tan ignominiosa como la captura de ballenas o la obtención de pieles de focas, y las otras merced a la polución, de la que no vamos a descontar los residuos radiactivos procedentes de explosiones atómicas o uso de energía nuclear. Ese DDT que se emplea tan libremente, y que se nos va acumulando lentamente en el hígado o nos afecta los genes, es el causante de que los huevos de los pájaros se rompan por falta de dureza en la cascara. Ese huevo que rompemos para freír, ¿ha sido ilusión o es que su cascara era frágil a pesar del reforzante que se da a las ponedoras...? Esos ríos donde íbamos a pescar y que ahora no son más que charcas cenagosas debido a las cloacas de las ciudades, ¿cuándo fue que el agua empezó a ser turbia en vez de cristalina...? Esos lugares de la montaña en que íbamos de excursión, ¿cuándo empezaron a estar sucios con latas de conserva vacías, papeles y trozos de plástico...?

¿Cuándo empezó todo esto?

Los antiguos habitantes de Roma se quejaban del humo que envolvía a su ciudad. Si esos romanos hubieran podido ver un día de «smog» en Los Ángeles, tal vez se preguntarían como es posible que sus ha-

bitantes no hayan huido de algo que parece peor que el mítico incendio de Roma. Y no es solamente en las ciudades donde el hombre acumula la suciedad y la basura que amenaza su existencia. Cuando Thor Heyerdhal navegaba a media travesía del Atlántico en su barca de papiro, descubrió grandes áreas del océano llenas de botellas de plástico y manchas de petróleo.

Del ser primitivo que era, el hombre desarrolló extraordinarias aptitudes para dominar su ambiente que culminaron en la Revolución Industrial. A partir de allí se inició la carrera de la polución y la superpoblación: en 1650 había 500 millones de habitantes en el mundo, 1000 millones en 1850, 2000 millones en 1930, y la población contemporánea parece duplicarse cada 35 años. Con la superpoblación el hombre tuvo más necesidad de explotar a la Naturaleza y más necesidad de controtarla. Resultado: fábricas que llenan la atmósfera de humos, talas de bosques, erosión de los terrenos, ríos envenenados por las factorías, etc. Y no es solamente la industria la que contribuye a la creación de toxinas. En la atmósfera del planeta se proyectan anualmente unos 200 millones de toneladas de residuos... y nuestros queridos automóviles, con sus escapes, contribuyen casi a la mitad de esa cifra: monóxido de carbono, óxido de sulfuro, óxidos de nitrógeno y pequeñas partículas de plomo, entre otras cosas. Realmente, un aroma selecto para nuestros pulmones, agradecidos ya por los cigarrillos.

Y tampoco es solamente lo que respiramos, lo que comemos y bebemos lo que nos está preparando la tumba. Otro factor tan peligroso como cualquiera de los anteriores es el ruido. Sí, el ruido, tan familiar para los habitantes de las grandes ciudades. Y si alguno se pregunta por qué se está quedando

sordo, tal vez la respuesta sea a que es debido a que el ambiente en que vive lo rodea con un sonido continuo superior a 85 decibelios (una conversación normal tiene unos 60 decibelios). Esa televisión que siempre escuchamos a más volumen del necesario, esos adolescentes que se contorsionan bajo el estruendo del club de baile, todos, todos pagaremos por ello, puesto que el ruido ocasiona cambios fisiológicos, produciendo afecciones cardiovasculares, glandulares y problemas respiratorios.

Algunos científicos opinan que ya estamos cerca de un desastre global de tipo apocalíptico si la contaminación continúa al ritmo actual. A medida que se talan más árboles (¿Cuántos hay en su calle? Los de la mía fueron arrancados el año pasado), la vegetación, que se alimenta de CO₂, no puede mantener el ciclo de liberar oxígeno y, por tanto, aumenta la concentración de bióxido de carbono en la atmósfera. Este bióxido de carbono forma una barrera que impide que el calor del planeta se disipe en el espacio. Si la temperatura media del planeta aumenta, solamente en 4 o 5 grados más, podría ocasionar el deshielo de los casquetes polares, haciendo que el nivel de los océanos se elevara casi 100 metros. ¿Sabe usted nadar? Pues si no sabe usted nadar, o no le gusta el calor, podemos tomar la misma teoría e invertir la apocalipsis: si la atmósfera del planeta continúa ensuciándose de polvo, humos y vapor de agua, entonces el calor del sol no traspasará esta barrera brumosa, el globo terráqueo se enfriará, el vapor de agua caerá y se helará, y tendremos una nueva Edad Glacial, la cual recibirá ayuda de la acumulación de hielo en el Antártico que, según dicen, ya empieza a ser peligrosa. Si no muere usted antes de alguna enfermedad pulmonar, del ruido, o aplastado dentro de

su amado coche, siempre le queda el consuelo de elegir entre ahogarse o helarse.

Las Naciones Unidas están organizando una Conferencia sobre el Ambiente Humano, a celebrar en Estocolmo... en 1972. Nadie parece tener mucha prisa.

Así, si todo sigue igual, podemos decir adiós a nuestros sueños de gloria y grandeza sobre la exploración del espacio, de su conquista y de la aventura del hombre. Y el Siglo XX, con sus cambios y avances industriales, sus descubrimientos aeronáuticos, atómicos y astronáuticos, sus progresos de transporte y comodidad, habrá sido la Edad de Oro.

¿O tal vez la Edad del Suicidio Colectivo?

Porque el hombre, con la polución, ha propuesto hacerse la vida imposible. Y, al igual que en otras ingentes tareas efectuadas a lo largo de su historia, está consiguiendo un éxito rotundo.

Y a corto plazo.

LA ÚLTIMA GRACIA DEL DIABLO

JOSÉ CID R.

Nacido en Cartagena (España) en 1919, José Cid R. es ciudadano cubano desde los treinta años. A lo largo de su vida ha escrito numerosos cuentos, algunos de los cuales fueron publicados, ya en su juventud, y otros, más recientemente, en revistas cubanas. De su primer libro de relatos, publicado en La Habana: *El Pasajero del Autobús*, tomamos este relato de un pacto con el diablo muy poco convencional.

A Rafael Escobar

Enterado el Diablo de que en cierto pueblo vivía un hombre famoso por su sensualidad, decidió visitarlo para darle una recompensa. Era por la noche y, como correspondía a su fama, el pecador se hallaba en casa y cama ajenas, haciendo de las suyas.

Cuando se desvaneció la nube de gases sulfurosos que, a modo de tarjeta de visita, solía usar el Demonio, el Hombre, encolerizado, soltó unas cuantas maldiciones, mientras que la Mujer escapaba del cuarto, asustadísima.

—¿Qué deseas de mí? —preguntó el pecador con acento soberbio—. Bien podías haber elegido otro momento.

—Perdóname —se excusó el recién llegado—. Tenía tantas ganas de conocerte que no pude esperar hasta mañana.

El Hombre lo miró con desconfianza.

—¿Puede saberse la razón de ese gran interés? —preguntó.